04 Cuentos reunidos
Barrio Obrero, Pilar
Primera parte:

Voy trás las huellas de la infancia y los recuerdos de aquéllos tiempos vividos en el mejor lugar del mundo, en una esquina de la cuadra frente a la Bahía del Arroyo Ñeembucú, en el Barrio Obrero de Pilar Paraguay.

Pero recrear con palabras las imágenes del pasado, es también propiciar un encuentro con el niño que fuí.
Es volver a ese entorno de los primeros años con la imaginación y la certeza de lograr una semblanza de esa época tan bella donde no cabía el concepto de ricos ni pobres.

Y podrán sentir que fuerte palpitan con sus emociones en sus propios impulsos, al sentirse identificados en estos escritos con sus propias vivencias.

Antes que el círculo de la vida se cierre, quiero regresar a esos lugares mediante la imaginación con palabras e imágenes de nuestro tiempo.
Hasta que la vida nos llevó a emprender caminos diferentes.

Tuvimos una infancia sencilla de pura inocencia en el legendario Barrio Obrero, jugando en una esquina apenas iluminada de calles arenosas donde cada página, sin saber, estábamos escribiendo una historia.

Debo volver a ser aquel niño para traernos de la mano hasta el presente y sentirlo de nuevo parte de mi.
Ahora que han pasado décadas quiero ponerlo en mi regazo para contarnos, ¡¡cómo han pasado los años!!, y mirándonos a los ojos contarnos, ¡¡tantos recuerdos!!.

Yo nací en el año 1956 en el Barrio Obrero y son ya casi 7 décadas caminando con la evocación de tantos recuerdos que no podrán ser olvidados porque mi primer romance fué con el Arroyo Ñeembucú y su entorno natural.

He venido a recorrer siempre caminando y en solitario para sentir aquél primer amor por estos mismos lugares.
Pero solo me encuentro con una fisonomía diferente y sus entornos desde los tiempos aquellos, ya no existen.
Hablo del Arroyo Ñeembucú y el Barrio Obrero.

Pero aquí estoy como ayer y puedo transformar la realidad actual con mi imaginación para verlos como fueron antes desde mi infancia, adolescencia y juventud.

El fuerte viento del noroeste sigue igual y estremece las fibras más profundas de mi ser al reconocerme, me estrecha como un amante y me echa en la arena.
Nos revolcamos y jugamos como si fuéramos los niños de ese ayer.
Y a este viento le pido que no me falte el día en que tenga que volar muy alto y me lleve en sus pliegues al más allá de donde viene.
Allí quiero reposar contigo.

Somos la generación que ha heredado el espíritu de libertad de aquellas décadas prodigiosas de los 60 y 70, quienes pronto supimos volar como impulsados por fuertes vientos de cambios, salimos para conquistar nuestros propios cielos.

A esa edad, donde hayamos nacido en ese tiempo en algunos de los Barrios de aquel Pilar de antaño, somos aquellos jóvenes que nos convertimos en migrantes.

Es cierto que nos ha tocado vivir en el mejor lugar del mundo y de allí la vida nos ha llevado por caminos diferentes.
Aquí estamos llamados a un gran encuentro virtual, al invitarte a recorrer de nuevo aquellos lugares de nuestra infancia, por los caminos de la memoria con la magia de un viaje en el tiempo.

Volvamos a recrear nuestros juegos y aquellos momentos que pasamos juntos y tal vez tengamos que reconciliarnos con el pasado y sus carencias.
Porque a pesar de las dificultades de cada día, asumimos que fué nuestro mejor aprendizaje porque nos templó el carácter.

Hoy podemos, después de décadas, sentir y decir, “hemos cumplido nuestra misión”, gracias a la vida.
Hernán Benítez Denis

02
Escenario al aire libre

En un escenario de luces y sombras pesadamente nos movíamos en la arena como caricaturas infantiles bajo un cono de luz que proyectaba el farol de la columna de caranday donde cada noche jugábamos en la esquina de la cuadra.

Cada uno de nosotros fue una puesta en escena personificada de esa infancia en un tiempo que fue una obra teatral llena de inocencias con el único libreto de vivir lo
único e irrepetible de la niñez.

Un guión aprendido de memoria para ser felices con poco en medio de las risas infantiles, jugar y jugar cada noche sin cansancio

Ese escenario mágico y al aire libre nos remite al Barrio Obrero de los años 60 al 70.
Un escenario natural donde la arena al anochecer quedaba tibia, dónde descalzos jugábamos hasta muy tarde cada noche entre amigos y amigas de la infancia.

Alrededor nuestro un coro de invisibles ranas nos daban un concierto al que los sapos prestaban sus tonos graves desde los charcos cercanos.

Fue la mejor música de fondo para nuestro escenario como telón de fondo.

Y hasta esa esquina también llegaron saltando entre nosotros los perros del vecindario moviendo alegres sus colas.
Son juguetones como niños y nos hacen picardías, como Terry" que atrapa al vuelo nuestra pelota de trapo y sale a correr para perseguirlo.

En medio de esas travesuras todos los perros son iguales incluidos los que no tienen dueños pero son de todos y se les llama "callejeros", nada más porque son libres.

Allá van saltando por encima de las niñas que juegan entre ellas a las muñecas de trapo y a las casitas hechas de maderas y palos.

Los perros y todos los mitaí corremos tras el que comanda la batuta con nuestra pelota de trapo en su fauce, corría y corría sin dejarse atrapar.

Las niñas juegan y sueñan, y siguen soñando haciendo casitas donde ponen sus muñecas de trapos.
Juegan a ser las amas de casa para un mañana.

Y en este lugar donde la arena de las calles se renuevan con cada lluvia, es también donde los sueños se deshacen.
Se desvanecen y vuelven a ser reproducidos con las mágicas fantasías de un lugar donde de arena se construyen
castillos de cristal.

Y fueron todos esos sueños de la infancia, tan frágiles como los primeros años de los niños en la arena de la calle jugando en un escenario al aire libre.
Pero al mismo tiempo tan mágico porque nos hacían fuertes, y tercos con la esperanza de renovar los sueños cada mañana y por las noches, con otras alegrías.

Llenos de inocencias fuimos haciendo y deshaciendo nuestros sueños infantiles sin darnos cuenta que fueron pasando aquellos años muy rápido, y justo cuando creíamos que íbamos a durar para siempre, esa infancia se desvaneció y se acabaron nuestros juegos en la esquina de la cuadra porque llegaron otros tiempos, el de la adolescencia y juventud.

No sabíamos de la vida otra cosa más que siendo niños.
No sabíamos que todo ese tiempo jugando en la esquina de la cuadra se iba a acabar.
Y llegó el momento que tuvimos que guardar a ese niño, a esa niña, porque juntos crecimos, guardarlo en nuestro interior.

Y tan rápido también pasó la adolescencia y juventud para descubrirnos en esa parte más seria de la vida al seguir madurando.
Nos esperaban otros escenarios nuevos que no serían mágicos y sin olvidarnos nada de la magia de los recuerdos recientes.
Y que la vida sigue siendo un teatro como puesta en escena para seguir jugando de otra manera.
Aunque muchos seguimos siendo como aquellos niños y niñas desde que nos esparcimos por el mundo llevando ese escenario al aire libre y tan mágico como el lugar que nos dió su carácter y su naturaleza desde que juntos crecimos.
Hernán Benítez Denis

04
La columna de caranday:

Tendría unos 10 añitos cuando se me abrieron los ojos para comenzar a descubrir la belleza de la naturaleza circundante.

Jugando en la esquina de la cuadra, de alguna manera iba guardando esas imágenes que un día, apremiado por la necesidad interior, lograría que afloren de nuevo los recuerdos desde la bruma de la
memoria como esas fotos en blanco y negro, para ser pintadas en colores en mis escritos.

Cuando empezaba a anochecer salimos de nuestras casas para encontrarnos bajo esa columna de caranday donde un farol arriba oscilaba con el viento y apenas alumbraba nuestros juegos nocturnos en la arena de la calle.

Bajo esa tenue luz nuestras sombras se movían en cámara lenta como caricaturas infantiles.

Nos movíamos en la arena donde se hundían nuestros pies descalzos, en una sana diversión de niños y niñas sin juguetes, nos llenamos de risas entre algarabía infantiles.

Alegrías que cada noche se repetían en la esquina de la cuadra bajo la columna de caranday con farol, en la arena de la calle del Barrio Obrero.
En las otras esquinas de otros Barrios al igual que en el nuestro, se repiten las mismas escenas nocturnas, de niños y niñas juntos en una sana diversión, entre los que habían también los un poco más mayores.

Y cómo no recordar aquellas noches cuando se asomaba en el horizonte desde dónde venía siguiendo el curso del Arroyo Ñeembucú, desde el este, se aproximaba un disco plateado que se convertía en misterioso con su luz.
Una luna llena que será enorme viene saliendo entre los follajes de las copas altas de los árboles que permanecen taciturnos.

Entonces se armaba un escenario al aire libre donde se juntaban todos los duendes con su magia.
Y todo sucedía y se veía cerca de esa Bahia de un Arroyo Ñeembucú, tan cercano y tan fantástico, con ese decorado como fondo, el escenario dónde jugamos.

Todos los sonidos, de grillos, de aves nocturnas, croar de sapos y ranas, atraídos por la luz, los bichitos bajo la luz del farol hacen de cena a los sapos, de todos los tamaños llegan.

Y nosotros sin miedo agarramos a los más grandes para nuestra mascota y con un hilole hacemos pasear, y a los sapitos, para divertirnos le perseguimos a las nenas que chillan para ponerse fuera de la posibilidad que le pongamos entre sus ropas.

Salían corriendo y chillando tan fuertes y era una diversión saludable por la manera de gritar, aunque prohibido a los varoncitos,
hacer esa clase de broma.
Pero era parte de las enseñanzas no tener miedo al posible castigo, porque…,
¿ quien nos enseñó que es saludable ser un poco transgresor?.

Los pescadores a la noche regresan con muchos pescados y pasan entre nosotros trayendo sus remos y aparejos de pesca.
Al pasar les seguimos todos los mitaí, muy curiosos para mirar los pescados que traían colgados por un palo en travesaño que llevan entre dos por los hombros, casi hasta tocar el suelo, los pescados nos miran con sus ojos de vidrio.
Barrio de obreros y pescadores.

En el canal mientras, todavía hay voces apagadas como de gentes que pasan remando.

Es que antes el Arroyo Ñeembucú era muy caudaloso y una vía rápida para llegar hasta la “Fábrica bajo”, el lugar de mucho pique y de donde se traían desechos útiles.
Otros se iban para tomar su turno en la Manufactura de Pilar, aguas abajo por el canal principal hacia el Río Paraguay.

El Arroyo Ñeembucú de tanto en tanto salía de su cauce y entraba con sus aguas por los patios de los vecinos, y a veces en las crecidas se asomaba hasta la calle de nuestra esquina.
Hablo de ese lugar donde se formó una gran Bahía y donde cada playa eran esas calles que iban a terminar en el Arroyo Ñeembucú de aquellos años 60 y 70.

Al retirarse las aguas nos dejaban las playas con manduiyurandy florecidos de blancos con lila entre camalotes que deberíamos despejar en la orilla para que una vez limpios podamos bañarnos en las tardes calurosas de los veranos, hasta entra el sol, pero antes nos tumbamos en la arena tibia.

En esa arena tibia que muchos años después siendo adolescentes, ella y yo, solos y desnudos en esa playa dibujamos nuestros cuerpos en una primera experiencia, al ir descubriendo nuestros cuerpos.
Pero esa es otra historia.

Al retirarse las aguas de los lugares inundados, queda mucha arena blanca como para nuevas playas a ser exploradas.
Por lo general luego de los días de lluvias es cuando la Bahía del Arroyo Ñeembucú muestra todo su esplendor.
Las noches se llenan de luciérnagas que vuelan errantes con sus luces en zig zag por todas partes.

Y ese tiempo es el que se detuvo en mi memoria con los recuerdos que se quedaron como de aquellos niños y niñas que fuimos.
Y hasta hoy me parece que por la magia de esa época, nos hemos olvidado de crecer.

Porque de alguna manera hoy con más de 6 décadas que pasaron, desde lugares distantes donde la vida nos llevó, hasta hoy nos parece que aún seguimos siendo los niños y las niñas que estamos jugando juntos por allí.

En estos escritos se revelan esos momentos como jirones de una vida y de una época como la más felíz de la niñez.
Sin complicaciones, simplemente con tan poco, fueron los años más felices esa nuestra infancia que añoramos y buscamos, como si no hubiera pasado.

Un tiempo de mi niñez que si no hubiera vivido de esa forma, tan intensa y sencilla, con tan poco materialmente, yo no creería posible encontrar las palabras para escribir de sus tantas alegrías,.

Así fue mi niñez, así fue nuestra niñez.
Y no importa en cuál Barrio de Pilar porque estoy seguro que fué los de toda una generación, la nuestra, el haberla pasado en mi caso en el Barrio Obrero.
Fuimos quienes hemos conocido el Arroyo Ñeembucú de antaño con su entorno natural como parte de nuestros juegos de la infancia.

Nos regaló su agreste Naturaleza allí donde las lluvias en un murito de contención nos
llenó las calles de arena.
Allí donde antes había una columna de caranday con un farol en una esquina de la cuadra.
Hoy todo veo con esa tenue luz de la memoria pero aquí en mis escritos ya pertenecen a los recuerdos imborrables.
Hernán Benítez Denis

05
Cual fábulas del pasado:

En esta mañana fría de otoño muy temprano, sentado en el portón rústico de mi casa, sobre la calle Alberzoni, con una camisa corderoy color verde con rayas verticales grises, me cubre hasta las rodillas.
Tengo el pantalón corto tipo “kasó mbocaí”, por lo que solo siento un poco de frío hacia mis piernas y mis pies descalzos.

Pero enseguida se me va pasar cuando esté corriendo detrás de mi suncho para comprar azúcar, entraré por la Canchita hasta llegar a el Almacén “El Toro” de Don Victor Espinoza y Ña Conché.

Era una mañana de aquellos días de otoño cuando el sol todavía no calienta, porque solo con algunos rayos sobre el pasto lleno de rocíos, se insinúa entre las neblinas.

Al salir estuve mirando sin ver por encima del techo de Don Bruno Vallejos, nuestro vecino muy querido y su familia que vive frente mismo a nuestra casa hacia el norte, y su patio llega hasta el Arroyo Ñeembucú, la neblina no me deja ver pero se que está allí en el bajo, aunque sigue cubierto de vapores, solo cuando el sol salga a plenitud con su calor, se disipará y me hará ver otra mañana de un bello paisaje de fresca claridad.

Por ser en otoño, en esta parte de la Bahia comienza así con un escenario que se despliega de a poco hasta por el canal principal siguiendo el curso de sus aguas desde el este, el sol dominará con su luz.

Ayer a la tarde fue el encuentro habitual de mis hermanas en el corredor de la casa paterna dónde se juntan y hablan de todo lo que se pueda comentar de lo que pasa en esta parte del Barrio Obrero, y más allá.

Ellas, mis hermanas, ayudaban a mi mamá para hacer los mosquiteros pedidos para la Tienda de Angel Antola, con una máquina de coser “Singer” a pedal.
Mientras trabajan y escuchan la radionovela de un tal “Lucero Sombra”, toman un mate raro con mezcla de café y yerba, al que agregan un poco azúcar.
Recuerdo que se llamaba “Misky”, o algo así, una costumbre que mi mamá trajo de la Argentina en sus viajes a Puerto Bermejo, Resistencia y Corrientes.

Se pasan la tarde tomando ese mate raro en una taza enlozada con asa donde se vierte el agua caliente, luego le ponen una cucharadita de azúcar y con fruición van sorbiendo con la bombilla.

Entre cada mate que se alterna comiendo galletitas dulces de las bien surtidas que mi mamá traía de sus viajes a Puerto Bermejo, el destino mas cercano, en una de esas lanchas “Liguria o Iris”, de los hermanos Mellone creo, recuerdo a los navegantes de ese tiempo en esas travesías y cuyas llegadas al Puerto sobre el Río Paraguay, en largas esperas nocturnas, forma parte de otra linda historia del que debo escribir.

Y sobre estas habituales reuniones en el corredor de mi casa en el Barrio Obrero, hay muchas otras historias para contar.
Lo cierto es que cuando Erme y Olga mis hermanas volvían a sus hogares, mis otras hermanas Lidia, Dulci y Ali todavía estaban en casa,

En esas tardes de otoño o en invierno para la mañana siguiente ya no había azúcar cuando se dispersaron, o quedó muy poco y yo tendré que ir con mi suncho, en “esas mañanas frías”, para comprar y reponer llevando la libreta en una mano.
Salgo detras de mi suncho hasta el “Almacén El Toro”, el más popular de los almacenes de barrio de un tiempo muy lejano que vive todavía en mis recuerdos como si fuera ayer.

A veces al mediodía me tocaba también ir a comprar un triangulito de “queso paraguay”, en esas siestas cercanas al mediodía, y porque era justo lo que faltaba para que el rico “mbaipy”, la polenta esté a punto.
Y recuerdo la “há la hausé laya”, quería comer un pedacito y pellizcaba la punta un poco.

Tengo tantas anécdotas de esa hora de los almuerzos cuando se hacían juntos toda la familia y era una ceremonia esperando en silencio alrededor de una mesa larga, con mi papá en la cabecera al lado de mi mamá.
Nadie de los 9 hermanos, fuimos 5 mujeres y 4 varones faltaba en esa tradición de los almuerzos al mediodía y luego se venía el dormir la siesta, pero yo como mitaí akahatá me escapaba.
Recuerdo esa quietud en el vecindario en especial de los meses muy calurosos.

“Cuando salgo una mañana de otoño muy temprano haciendo girar mi suncho, corriendo con mi suncho voy descalzo hasta el Almacén El Toro y no siento frío en los pies ni tampoco en la cara con el viento sur”.

Entrando en la Canchita sigo el surco del caminito entre el pasto “cabayú”, y el rocío de la mañana me salpica con el girar del suncho.
Regreso tan rápido como pueda porque todavía estoy sin tomar el cocido negro bien caliente con tortillitas y galleta Bermejo, antes de salir para irme a la Escuelita San José Artesano entrando por el Paú Poí.

En “esas mañanas frías” en las esquinas por la columna de caranday, todavía alumbraba una tenue luz hasta que amanecía y salía con todo el sol.

Mi memoria retuvo de aquellos tiempos los recuerdos cuando entraba en los primeros grados de la Primaria en la década del 60, y yo era ese escuelero de pantalón corto y guardapolvo blanco que entrando por el Paú Poí, entre muchos vestidos como yo, llegamos a la Escuelita San José Artesano.

La casa paterna de mi origen tenía la pared de “estaqueo”, una mezcla de barro y tacuaras de entramado y cuando yo me sentí siendo todavía muy “mitaí”, me entretenía mirando en ese corredor a las avispas.

Ellas hacen un agujero para entrar en la pared de barro hasta el fondo donde en un cantarito de barro ponen lo necesario para procrearse.
A veces se me daba por tapar los agujeros con “araity”, una cera que se obtiene del panal de las abejas.
Un material que mi papá apreciaba y que usaba mucho por ser muy laborioso en el tema de las costura del cuero.
Untaba el hilo de atar con “arayty” para que sea muy resistente y no se deteriore rápido al mojarse.
El “arayty” se usaba para el trabajo de costura de calzados, carteras y todo lo que sea de cuero.
Yo escuchaba que en el campo, no conocí solo escuché decir que con el hilo de atar untado en “arayty” se cosía el cuero vacuno para hacer un recipiente llamado “pelota”, dónde se guardaba por mucho tiempo la miel negra.

El “araity” es de un color marrón subido, y es maleable para juntar haciendo como una pelotita.
Me gustaba darle formas con el calor de las manos, y recuerdo que me dejaba con un persistente y agradable olor como del panal de las abejas.

Mi papá que fue un gran vitalista por sus
ejemplos, era de poco hablar, Don Pedro enseñaba con sus expresiones silenciosas y se podía notar con claridad que su apuesta innegociable como humanista era a favor de todas las manifestaciones de la vida y de la naturaleza en su totalidad.

En esa casa paterna de mi infancia, la adolescencia y de mi juventud, donde en el patio teníamos árboles frutales de naranjas, pomelos, duraznos, limón sutil, parcelas de mandioca, maíz, y batatas, también había una huerta llena de hortalizas varias.

Me tocaba regar trayendo agua en dos baldes del Arroyo Ñeembucú, y me veo todavía subiendo y bajando por el costado de la casa de Don Bruno por el caminito “entre mandiyú randy”.
Cuando jovencito fui un romántico por demás y me ponía a silbar muy despacito “El amor es azul” una canción de melancolías para esas tardes, de cuando un poco antes de entrar el sol debía salir para la Secundaria en la Escuela Nacional de Comercio a la noche.

Y ya pensaba que desde ese lugar me encontraré en plena juventud y será la última etapa antes de dejar el terruño.
Y pasando los años, entonces sin darme cuenta, retuve en mi mente aquellos momentos y los lugares para seguir recordando.

Y no se como me vi, ya estando lejos del terruño, pensando volver un día, y pasaron muchas décadas para volver a sentir que sería también mi destino volver a estos lugares de la infancia, adolescencia y juventud, para buscar aquellos lugares.
Y en ese pensamiento sin que nadie lo note, muchas veces se me humedeciron mis ojos.

Ahora mismo desde esta distancia donde estoy y el tiempo que va pasando, y me lleva también, antes yo quisiera dejarte estos recuerdos con sus imágenes y sonidos.

Desde que era un mitaí guardo y son mis más preciados tesoros de los cuales escribo, “como fábulas del pasado”.
Hernán Benítez Denis